

Tratado del amor mundano

Rafael Toriz



CADA VEZ QUE UN AUTOR MADURO Y CONSAGRADO —es decir, alguien que para ciertas convenciones sociales ha llegado al improbable cénit de la profesión— da una obra nueva a la imprenta es motivo de inquietud y sorpresa para sus lectores devotos, puesto que son en realidad escasos los escritores capaces de superponerse a la carga del éxito y el prestigio y las alimañas que los acompañan. Incontables son los autores a los que los premios, las obras completas o incluso la misma eufonía de su nombre lo aplasta como una losa en vida. No es ese del todo el caso de Mario Vargas Llosa, el último protagonista vivo y en servicio del bastardeado *boom* de la literatura latinoamericana.

Nadie ignora que sus últimas novelas, al menos las posteriores a *La fiesta del chivo*, han caído en esa terrible suerte que acongoja a los autores millonarios: se leen como novelas de aeropuerto y se encuentran a una distancia muy lejana de obras señeras como *Conversación en la catedral*, *La ciudad y los perros* o *La guerra del fin del mundo*. Sin embargo, al margen de sus ensayos sobre literatura que prodiga de vez


El escritor peruano Mario Vargas Llosa y la actriz española Aitana Sánchez Gijón durante el ensayo general de su obra de teatro *Los cuentos de la peste* en el escenario del Teatro Español en enero de 2015, en Madrid, España. (Fotografía: Quim Llenas / Getty Images)

en cuando —donde *La verdad de las mentiras* brilla con luz auténtica, al margen de sus estupendos análisis sobre Flaubert, García Márquez y Juan Carlos Onetti—, la publicación del ensayo teatral *Los cuentos de la peste* demuestra no sólo que Vargas Llosa sigue siendo un autor de fuste y no únicamente por la factura de la obra, que es impecable, sino por su capacidad de tejer distintos materiales verbales en una argamasa sólida pero tersa; equilibrada y seductora: construida con un esqueleto fuerte y casi imperceptible por su absoluta naturalidad. Si algo no podrá escatimársele nunca al peruano es su profundo y transparente conocimiento del oficio (su lectura es siempre una clase de preceptiva literaria; hasta para lo que no se debe hacer).

El libro —publicado en una edición de lujo por Alfaguara que contiene fotos del montaje llevado a cabo en principios de año en Madrid, donde actuó él mismo junto a la bella Aitiana Sánchez-Gijón— despliega un extenso ejercicio dramático inspirado en el *Decamerón*, esa obra maestra del más profano de los tres milagros que sucedieron en Italia antes del Renacimiento y que cambió para siempre el rostro de la literatura occidental. Entre Dante y Petrarca, Boccaccio es el único que retrató en una obra imperecedera los vulgares y terrenos milagros de la carne.

Los relatos de Giovanni, plagados de placeres sensuales, ficciones conmovedoras, goces del vientre y otros encantamientos entre bucólicos y sexuales son una celebración desaforada de la vida, lo que le permite al nobel reconstruir, a la manera de un *remix* escénico, un fresco en donde las pasiones de los hombres y mujeres —infidelidades, vicios y crueldades— son puestos ante los ojos del espectador para pitorrarse del aparente mundo de la virtud. En el estupendo ensayo introductorio, Vargas Llosa explicita su contenido: “en el *Decamerón* no hay el menor prurito en disimular los defectos y los vicios inherentes a la condición humana; por el contrario, la razón de ser de muchos cuentos es describir al hombre esclavizado por sus pasiones más bajas, sin que nada consiga atajarlas”. Releyendo a Boccaccio mediante el peruano, queda claro que ninguna

argucia ni ningún embuste es demasiado para conseguir los favores sexuales de una señora suculenta. Por ello, la obra está surcada por otro personaje cercano a la sensibilidad “vargasllosana”: el viejo rabo verde, aquel anciano corrupto que mediante el engaño consigue mancillar lo puro con el saber de la experiencia.

Empero, el tema principal de *Los cuentos de la peste* no es sólo el reflejo de las prácticas desenfrenadas a las que nos entregamos los mundanos, sino la de la capacidad de la imaginación de sustraernos de un entorno enfermo y miserable para aspirar a una salud en la que podemos habitar una realidad mejor y más completa a través de las ficciones, puesto que no todo está perdido si aún podemos contarnos para conjurar lo que nos duele. 

Los cuentos de la peste

Mario Vargas Llosa

Barcelona, Alfaguara, 2015, 232 pp.

